DOS AÑOS DESPUÉS

La época del Colegio, cuentan todos los que ya han pasado por esa etapa de la vida, es la que deja más dulces recuerdos en el alma, es el tiempo mejor vivido, es la temporada más risueña que Dios nos otorga en este valle de lágrimas. Tales las palabras que escuchamos cuando nuestros padres, venciendo aquel amor irresistible que los lleva a compartir con sus hijos las horas felices y las amargas, y considerando sólo el bien de ellos y mirando hacia el porvenir de sus descendientes, nos dan el abrazo de despedida y nos envían a tierras lejanas para que aprovechemos las energías propias de la juventud y caminemos en pos de la ciencia. Estas expresiones de consuelo las acogemos casi siempre como un obligado cumplimiento, como pretexto que toman nuestros padres para que marchemos tranquilos al Colegio; pero dudamos de la veracidad y buena fe de ellas, y el único anhelo que nos da constancia para salir airoso en las duras faenas del pensamiento, es la pronta salida de los claustros, con el fin de pasar al mundo, que tanto nos cautiva.

Yo también caí en este grave error, y sólo he venido a convencerme íntimamente de aquella gran verdad, después de que hube coronado mis estudios de jurisprudencia en el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario.

Tal vez por ese espíritu de rebeldía que todos, sin saberlo ni quererlo, llevamos en nuestro sér, cuando, apartados del mundo y de sus pompas y vanidades, pasamos los días y las horas entre las cuatro paredes de un claustro investigando las eternas verdades, nos dejamos arrastrar por la falsa creencia de que el colegio es una prisión y de que la vida que allí llevamos es la peor que la suerte nos depara.

Gran verdad es la que a este respecto nos predicán nuestros mayores, pero desgraciadamente nos venimos a

empapar en ella cuando ya se esfumó la feliz época de los estudios y cuando de lleno entramos en la lucha por la existencia. Pero entonces, se dirá, podemos sacar provechoso fruto, enseñándola a los que nos suceden en los bancos del colegio. Más de una vez he sentido profundas amarguras cuando, al tratar de que penetren estas ideas en el ánimo de amigos y compañeros que actualmente estudian, me responden enfáticamente: sus palabras no son sinceras.

Fortalecido mi espíritu por la consideración de estas verdades, rebosante mi corazón con el amor inmenso que profeso al Colegio del Rosario, guiado por la fe ciega que me infundieron mis progenitores, asistí esta mañana al viejo claustro colonial, atraído por la solemnidad de una de aquellas ceremonias que perduran por siempre, que a todas horas recordamos con deleite y que no se extinguen en el correr de los tiempos. ¿Una repartición de premios? ¿La fiesta en honor del Rector? ¿La recepción de colegiales? Nó, la comunión general después de los tres días de retiro espiritual. ¡Cómo consuela el ánimo ver que el espíritu católico se conserva allí intacto y que las nuevas generaciones salen abroqueladas con las sabias enseñanzas del Evangelio, para combatir el error y no dejarse llevar por las pasiones mundanales! ¿Y cómo no? si a esa juventud la guía un varón insigne, un hijo ilustre de la Iglesia, un patriota; si al frente del Instituto de Fray Cristóbal de Torres está el doctor Rafael María Carrasquilla.

Al ver cuáttrocientos jóvenes que se acercan a la sagrada mesa, voluntariamente y sin imposiciones de ninguna clase, con razón podemos decir que la fe católica no dejará de ser precioso patrimonio del pueblo colombiano.

Quise yo también participar de las dulces emociones de la comunión, y esto en medio de mi segunda casa solariega, como llamo con orgullo al Colegio del Rosario, amparado por la Bordadita, influido por el ejemplo del Rector y superiores, y al rededor de mis viejos camaradas.

Después de dos años he tornado al Colegio, a quien tanto debo, y vuelta la vista a lo pasado, consagro un recuerdo de férvido cariño a mi vida inolvidable de estudiante.

ALBERTO ABELLO PALACIO

Bogotá, 5 de Mayo de 1912.

Publicamos a continuación el estudio del sabio matemático colombiano don Julio Garavito, sobre el mapa en relieve de Colombia, construido por nuestro compañero de cátedra el señor colegial don José Miguel Rosales.

“El mapa de Colombia en relieve

La séptima edición de esta interesante producción, debida a la inteligente laboriosidad del señor don José Miguel Rosales, acaba de ser terminada con notables perfeccionamientos respecto de las ediciones anteriores.

El público ha tenido ocasión de admirar este mapa en las Exposiciones de Bellas Artes, y ha reconocido el mérito de esta obra, en donde están representadas, con asombrosa precisión, la figura de las cordilleras con sus verdaderas alturas, y la forma no sólo de las grandes hoyas hidrográficas, sino hasta la de los valles terciarios, con minuciosidad de detalles.

El autor ha sabido aprovechar todos los datos altimétricos que se conocen y los perfiles de las principales vías de comunicación. En este mapa la proyección horizontal que le sirve de base, es una carta de Colombia, dibujada de acuerdo con los datos más modernos que se han publicado, y está ejecutado en la proyección senoidal, que es la más adecuada para la representación de las regiones ecuatoriales.

Un mapa en relieve habla a la vista sin que haya esfuerzo de imaginación para comprenderlo, y por este motivo es de indiscutible utilidad en la enseñanza de la geografía.